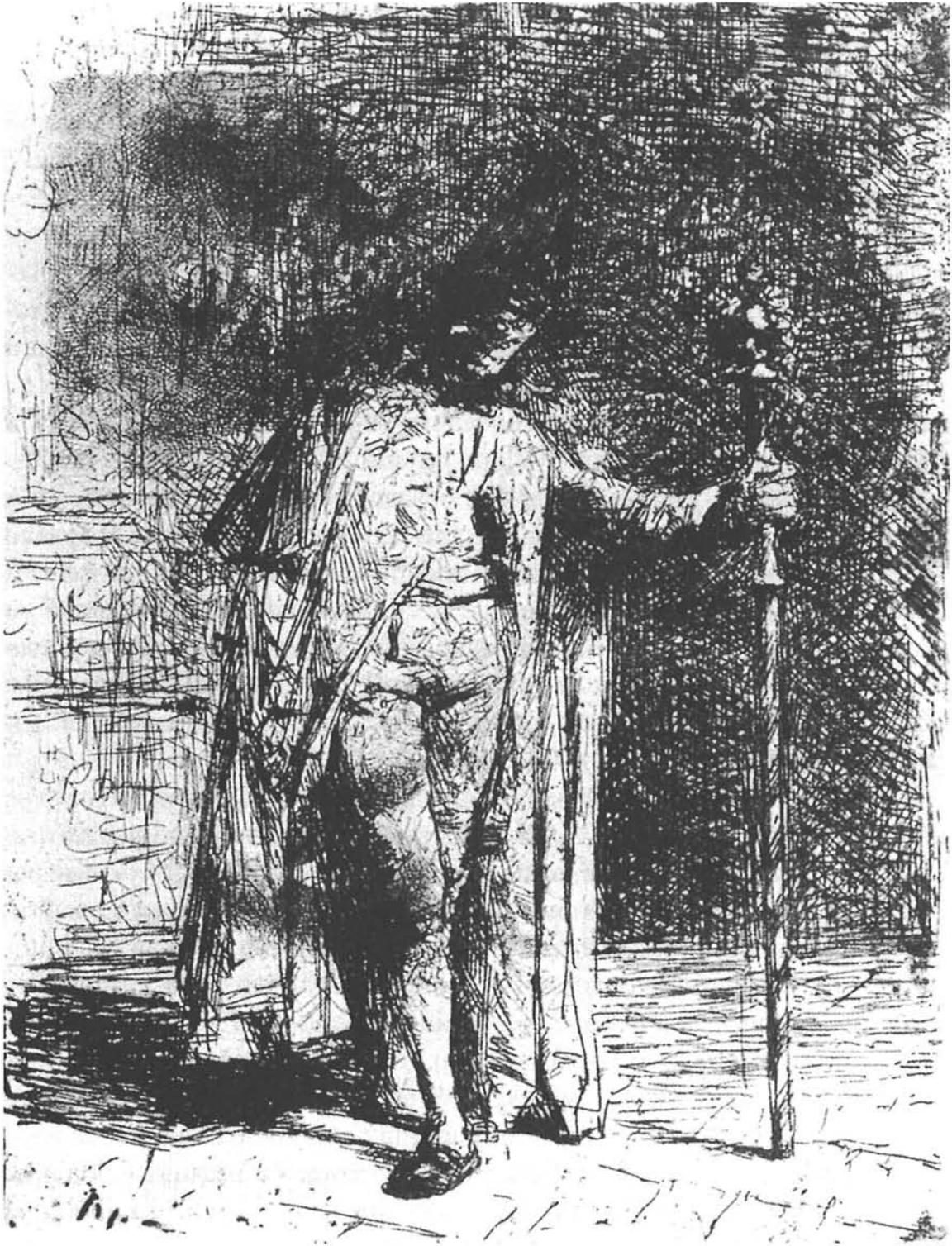


ración de William por Pound tiene mucho de la fascinación adolescente (lo que los ingleses llaman *hero-worship*) que le llevó a fundar *Agenda* con apenas dieciocho años: su vida, e incluso lo que hubiera podido ser su poesía, reducida ahora a unas pocas fragmentos de tono impresionista, han gravitado sin pausa en torno a un imán tiránico. Todos sus esfuerzos literarios se han volcado no sólo en la pervivencia de la revista sino en la ardua elaboración de una guía monumental de los *Cantos* de Pound. Es un trabajo al que ha dedicado años y lecturas de todo tipo (empezando por las del propio Pound), convencido de que la obra del poeta norteamericano es la creación fundamental del siglo que acaba de cerrarse. No me importa disentir de su veredicto: su esfuerzo me sigue pareciendo heroico. Cada vez que he sentido la tentación de la condescendencia, he puesto en el otro plato de la balanza su rigor y honestidad: William ha sido fiel, como pocos, a sus gustos y su vocación. Por ahí habría que buscar la explicación de que tantos poetas y críticos ilustres hayan favorecido la publicación de sus trabajos en *Agenda*, aun a sabiendas de la incapacidad de la revista para retribuirlos adecuadamente. A ello contribuye, además, la curiosidad cosmopolita de su director, que a lo largo de los años ha simultaneado la labor de recuperación del *modernism* con la de divulgación de otras tradiciones poéticas: números dedicados a la poesía china, italiana, alemana o española, monográficos sobre Ungaretti, Montale, Valéry, Rilke.

Desde hace unos meses, *Agenda* pasa por graves apuros económicos. Mis últimas conversaciones con William han sido necesariamente pesimistas. Después de cuarenta años de existencia, la revista corre peligro de desaparecer, apuntillada por una administración que equipara, erradamente, cultura y mercado editorial, sin entender que la literatura no la crean las editoriales, sino que germina en los descampados de las afueras, en los caminos y tierras de nadie que confluyen en la ciudad del libro. La ciudad es grande y acomoda a muchos, pero es necio confundirla con sus barrios más prósperos. *Agenda*, a diferencia de las grandes editoriales, es el caldo de cultivo donde nace la verdadera vocación, la palabra creadora. Muchos de quienes colaboran con ella tal vez no escriban nunca páginas de calado: pero basta un poema o un ensayo memorables para redimir el trabajo del resto. Ezra Pound dijo alguna vez (es una cita que ya he recordado en estas cartas) que su trabajo sólo necesitaba seis o siete lectores atentos: otros caerían tarde o temprano como fichas de dominó. William ha debido recordar a menudo este adagio poundiano, que no es elitismo sino reconocimiento del esfuerzo creador de la lectura. Su logro (y su premio) es haber conseguido que los lectores de *Agenda* reclamen de antemano los niveles de atención y esfuerzo que Pound pedía para los suyos.



Mariano Fortuny: *Maestro de ceremonias*